

Psicogeografía

Merlin Coverley
Madrid: Carpe Noctem, 2014

ISBN: 978-84-941182-7-2
118 páginas

Cristopher Morales Bonilla

Investigador independiente
cmoralbon@gmail.com



Un nuevo espacio para una nueva vida

Dentro del conjunto de temas que Marx y la tradición marxista manejó como elementos que podían explicar el comportamiento social y, especialmente, su transformación, hay uno que apenas fue tematizado y que, sin embargo, ha cobrado especial importancia en las últimas décadas: el espacio. En muy pocos lugares, por no decir en ninguno, Marx y Engels mencionan la cuestión del espacio como uno de los temas principales de la teoría marxista¹.

Hasta Henri Lefebvre, para el materialismo histórico, la cuestión del espacio dentro de la transformación social no tenía apenas consideración. Influenciado por las críticas de las vanguardias artísticas (dadaísmo, surrealismo) al marxismo ortodoxo y por las corrientes heterodoxas del marxismo, Lefebvre otorga a la disposición urbana un lugar central en la teoría y en la práctica. Establece una relación muy determinada entre la ciudad y sus habitantes. Desde un punto de vista marxista, afirma que el espacio urbano es el lugar en el que se desarrolla la lucha de clases. La pugna por el espacio, su conquista, su dominio, se convierten en un tema principal en las nuevas corrientes que investigan la transformación social.

Dentro de este contexto de lucha por el espacio, hay un concepto, una técnica que ha tenido una historia subterránea y que, en gran parte, pudo influir a Lefebvre en la cuestión del espacio como elemento clave de una renovación del marxismo. Esta técnica urbana es la *psicogeografía*. Básicamente, la psicogeografía es el estudio del efecto del medio urbano en el comportamiento de sus habitantes. Parte de la idea de que la disposición espacial no es fortuita: está dispuesto de tal forma que aquellos que lo habitan están determinados, en mayor o menor grado, a realizar ciertas actividades que llegan a convertirse en rutinarias, marginando al mismo tiempo otras. En definitiva, parte de la idea de que toda disposición urbana implica una forma determinada de vivir.

¹ Sobre los comentarios en torno a la cuestión del espacio urbano por parte de Marx y Engels, vid. Ira Katznelson (1994) y Andy Merrifield (2002, pp. 13-48).

Este concepto fue popularizado por la Internacional Situacionista a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Para los situacionistas, la psicogeografía era el modo de describir la influencia *represiva* del medio urbano en el conjunto de experiencias posibles de un individuo. La disposición de una ciudad, en este caso el París de los cincuenta, estaba destinada a una vida rutinaria determinada por unos pocos ejes (trabajo, casa, transporte), en la cual el comportamiento quedaba completamente determinado. Como ratones girando siempre en una misma rueda.

Sin embargo, este concepto tiene una larga historia mucho antes de que los situacionistas lo pusieran de moda y lo popularizaran. La intención de Coverley es precisamente ésta, la de trazar una historia del concepto como una historia de los modos y formas en los que se ha querido establecer un conocimiento de la influencia de la disposición urbana en el comportamiento.

Esta historia comienza en el Londres del siglo XIX (Cap. 1: *Londres y la tradición visionaria*, pp. 25-44). La primera figura importante es la de Daniel Defoe. Su desarrollo de la cuestión psicogeográfica ya está en su obra más conocida, *Robinson Crusoe*. En ella, ya se encuentra una exaltación del caminante, del viajero, de aquel que persigue y busca la *aventura*, idea que luego sería básica tanto para los surrealistas como para los situacionistas. Sin embargo, es en *A Journal of the Plague Year* donde se halla la primera descripción psicogeográfica de Londres. Ahí podemos ver una mezcla de datos estadísticos y topográficos con testimonios de los habitantes, combinación de ficción y biografía, historia local y reminiscencia personal. Es necesario entender que durante ese período las calles se atravesaban gracias a un mapa mental. La topografía y esa imagen mental es la base misma de la psicogeografía. En ese tiempo, estas técnicas no eran opcionales, sino una necesidad. La falta de mapas concretos sobre la topografía de Londres produjo un tipo de conocimiento determinado sobre la ciudad. Como se ve, la psicogeografía es, por ahora, solamente una forma subjetiva de geografía (pp. 28-31).

Posteriormente, William Blake haría algo similar. En su obra aparecen las características definitivas de toda producción psicogeográfica: el viajero mental que rehace la ciudad según los dictados de su imaginación, y que se alía con el paseante urbano errante en la ciudad; el radicalismo político que pretende subvertir el orden establecido, aunque, en este caso, atemperado por la conciencia de que la ciudad es eterna y cambiante; y, en tercer lugar, el uso de un simbolismo propio del anticuario y del esoterismo, que refleja la preponderancia de lo subjetivo y lo anti-racional sobre formas de pensamiento más sistemáticas (pp. 31-34). Con Blake, la psicogeografía encuentra los rasgos principales que luego serían desarrollados durante todo el siglo XX.

El siguiente momento de construcción de la psicogeografía viene dado por dos autores: por un lado, Thomas de Quincey, que establece los orígenes del paseante urbano, lo que luego será la figura del *flâneur* en Benjamin. En *Confessions of An English Opium-Eater*, describe sus paseos errantes bajo los influjos del opio (pp. 34-36). Inaugura así el modo de invención de nuevas relaciones con la ciudad a través de una conciencia alterada, exactamente lo mismo que harán surrealistas y situacionistas. Por otro lado, está Robert Louis Stevenson y la aparición de la novela gótica. Uno de los principales motivos de la psicogeografía es el

desvelamiento de lo que está detrás de la apariencia cotidiana y banal de la ciudad. Detrás de las casas victorianas se esconde la miseria y la pobreza de los desclasados, de los condenados a no aparecer en escena. Es éste también el ejercicio de la novela negra. Es en *Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde* donde aparece perfectamente la dialéctica entre imagen y realidad: tras la respetable imagen victoriana del Dr. Jekyll se esconde un monstruo del que nadie tenía conocimiento. Curiosamente, la aparición del libro coincide con el comienzo de los asesinatos de Jack el Destripador (*Jack the Ripper*), auténtica conciencia y práctica negra de la impoluta sociedad británica (pp. 36-38).

Además de Londres, la psicogeografía tuvo otro centro de aparición: París (Cap. 2: *París y la aparición del flâneur*, pp. 45-62). El primero que establece la aparición de esta práctica es Baudelaire, en *Le Peintre de la vie moderne*, comentando el cuento de Poe, *The Man of the Crowd*. La figura del *flâneur* aparece en escena. Inaugura tanto el surgimiento de un nuevo tipo de ciudad como el declive de la ciudad anterior. Esta obra es el relato en el que Baudelaire, y Benjamin posteriormente, ven la mejor descripción de esta figura. Sin embargo, es una caracterización que, en el momento de su formulación, ya no existe. Es una idealización. No existe en ningún lugar, no se la puede identificar con nadie. Es la expresión abstracta de la alienación de la nueva configuración urbana conservando los habitantes de la vieja (pp. 46-49).

Es Benjamin quien recoge el problema de la definición del *flâneur* como figura fantasmal. En *Das Passagenwerk*, Benjamin percibe esa figura como específicamente londinense: lo que le da ese aire de una figura que ya no existe en el momento de su aparición es que expresa la nostalgia de una ciudad que ha desaparecido para siempre. En su lugar, ha surgido la era industrial. Es un engranaje, una pieza automatizada por la presión que ejercen sobre él las multitudes bárbaras. Es la víctima del modernismo. Según Benjamin, es incapaz de mantener su distanciamiento con la ciudad, atrapado inevitablemente por las fuerzas comerciales que lo destruirán (pp. 49-52). La diferencia entre Baudelaire y Benjamin es que el segundo ya es consciente de que el tipo de experiencia con la ciudad que pretendía recoger la figura de Baudelaire ya no existe. La descripción del personaje es ya un lamento. Aquí, la psicogeografía se expresa de modo que se piensa la posibilidad de una cierta relación distanciada con la ciudad en el momento en que ésta todavía no se ha convertido absolutamente en mercancía. Con el surgimiento de los pasajes parisinos, esa experiencia se vuelve imposible.

Tiempo después, encontramos el antecedente más directo de la configuración de la psicogeografía que luego popularizará la Internacional Situacionista. *Nadja*, de André Breton, es el perfecto ejemplo de novela psicogeográfica. El deseo y el azar dominan el paseo por la ciudad, cuya finalidad es la búsqueda de la mujer elevada a la categoría de musa. Ésta se convierte en el medio en el que las pasiones se desenvuelven, y en el que éstas quedan influidas a su vez por la ciudad. Junto con *Le Paysan de Paris*, de Aragon, los surrealistas sitúan la psicogeografía en el lugar central de la actividad artística.

Pese a toda esta larga historia, aunque poco conocida, de los intentos de establecer un conocimiento de la influencia del medio urbano en el comportamiento, es con la Internacional Situacionista donde adquiere su momento de mayor éxito (Cap. 3: *Guy Debord*

y la *Internacional Situacionista*, pp. 63-85). Al principio, los textos sobre psicogeografía tienen un carácter más bien folclórico durante su existencia como Internacional Letrista. Es en 1953 cuando publican un texto que luego sería el comienzo de la teoría psicogeográfica: *Formulaire pour un urbanisme nouveau*. Junto con *Introduction à une critique de la géographie urbaine* (1955), son el comienzo de lo que ha llegado a entenderse como psicogeografía. Ahí se explican los conceptos principales de esta técnica que se pueden resumir en la visión de *la ciudad como campo de batalla*. La liberación de la vida cotidiana requiere otra forma de disposición espacial. La lucha contra ésta se dirige contra las fuerzas que disponen del espacio, es decir, las fuerzas del capital. La psicogeografía aparece con toda claridad como una herramienta política. Es aquí donde la figura de Lefebvre cobra protagonismo. Aunque su relación con los situacionistas tuvo sus altibajos, es innegable la influencia de las investigaciones de Lefebvre en estos primeros escritos fundacionales.

Uno de los elementos más característicos de la psicogeografía situacionista es la técnica de la deriva (*dérive*). Esta técnica no era más que el nombre que le dieron al deambular por la ciudad guiado por los efectos emocionales de la disposición del espacio sobre los individuos y los grupos. Según Coverley, y esto es tal vez uno de las mejores aportaciones del libro, la deriva situacionista se parecía más a una estrategia militar, por la que el deambular quedaba definido como un dispositivo estratégico previo a la toma de la ciudad, es decir, como una especie de vuelta de reconocimiento antes de emprender la conquista del espacio. Esta idea tiene cierto recorrido, ya que no hay que olvidar que para Debord, máxima figura de los situacionistas, la táctica militar tenía una importancia crucial en la lucha de clases.

Sin embargo, durante ese primer período de actividad, la psicogeografía tiene un papel más bien teórico. Además, estas investigaciones duran poco tiempo. En las famosas *Thèses de Hambourg* (Emmanuel Guy y Laurence Le Bras, 2013, pp. 122-125), los situacionistas expulsan de la organización a todos los "artistas", es decir, a todos aquellos que pensaban que la lucha de clases tenía que llevarse a cabo, principalmente, en el campo de la cultura. Con ello, la psicogeografía quedó absolutamente olvidada como un tipo de conocimiento válido para la transformación social (pp. 72-82).

Pese a su corta actividad psicogeográfica, la influencia de esos pocos años de investigación de los situacionistas ha sido increíble. Uno de los mayores continuadores de esta idea es Michel de Certeau. En *L'invention du quotidien* (1980) distingue al paseante que vive la ciudad (en este caso, Nueva York), del *voyeur* que la mira desde los rascacielos. De Certeau explica la *dialéctica de la psicogeografía*: hay un elemento objetivo, como es el rastro del paseo por la ciudad. En frente, un elemento subjetivo, que es la historia de ese tránsito, de ese movimiento. Aquí se abriría un conflicto irresoluble (pp. 82-85). Tal vez, este conflicto no sea más que la explicitación de la impotencia de la psicogeografía como conocimiento de la ciudad. Salvo los situacionistas, y ni siquiera ellos del todo, esta forma de conocimiento no ha logrado superar la distancia entre el sujeto que habita un lugar y la disposición objetiva del espacio habitado. Aquí, el esquema idealista de sujeto-objeto parece reproducirse debido a la incapacidad por hacer del espacio urbano un espacio propio.

Además de De Certeau, destacan otros dos autores. En primer lugar, Iain Sinclair, y el cambio de imagen que ha otorgado a la psicogeografía (Cap. 4: *La psicogeografía hoy*, pp. 87-108). Actualmente, es la persona más famosa del movimiento. Mezcla de historiador local, paseante urbano, activista de vanguardia y polemista político, su obra principal es *Lights Out for the Territory* (pp. 93-97). Además, destaca Stewart Home y su *London Psychogeographical Association*. Su actividad tiene la forma de una bufonería que pretende ser una crítica en acto de los movimientos de vanguardia precedentes y su excesiva pomposidad. Recuerda de algún modo a la bufonería de los letristas, es decir, que recupera ese tono infantil de los primeros escritos de los situacionistas sobre psicogeografía (pp. 101-108).

En esta historia sobre el concepto, lo más importante tal vez no sea si ha sobrevivido hasta nosotros de una forma más o menos original a sus comienzos, si todavía sigue siendo útil para continuar produciendo descripciones psicogeográficas. Como se puede ver en esta historia, la psicogeografía es, fundamentalmente, el nombre que ha tenido durante cierto tiempo el intento de apropiación del espacio urbano. Si algún mérito tiene la psicogeografía es éste. No se trata tanto de investigar si el concepto continúa describiendo una posibilidad abierta en nuestro presente o si todavía tiene sentido lanzarnos a las calles de una gran ciudad como si fuéramos surrealistas o situacionistas para dejarnos apasionar por nuevas aventuras. Tal vez esa cierta ingenuidad que les hacía suponer a ellos que la ciudad todavía encerraba posibilidades de experimentación de emociones que nos hicieran olvidar por un momento el tedio y el asco de nuestra vida cotidiana ya no sea posible. La ciudad ya se nos ha hecho completamente enemiga. Ya no existe esa posibilidad.

Sin embargo, lo que sí existe es la lucha por el territorio urbano. Procesos de gentrificación de barrios populares que se quieren convertir en nuevas zonas de diseño *trendy* y *cool*; procesos de conversión de las ciudades en espectáculos más o menos entretenidos para el turismo, con la determinación de un modelo económico acorde con ello; o, simplemente, las luchas, que casi toman la forma de guerra de guerrillas urbanas, por espacios autogestionados; o, incluso, y de forma ya absolutamente dramática, la lucha por la propia vivienda frente a los intentos de convertir el espacio en una mercancía con la que especular.

En todos estos procesos, lo que existe es una *lucha por el territorio*, una lucha por defender un espacio ya conquistado o por ganar otros que puedan ser puestos al servicio de lo común. La psicogeografía fue un modo de nombrar una estrategia determinada de esa misma apropiación. Si el contexto de producción de una nueva vida cotidiana dentro de las vanguardias artísticas ya no es un marco adecuado, lo que sí podemos aprender de ellas, que no es poco, es que el espacio, la lucha por su conquista y su defensa, son elementos clave para que pueda existir algo así como una vida digna, una vida en la que aquel que ocupa un espacio tenga en él todo lo que pueda necesitar. Esta enseñanza supone ir un paso por delante de algunas corrientes de pensamiento político y filosófico que han ignorado la cuestión del espacio casi de forma sistemática.

El marxismo, que continúa siendo *la* teoría de la transformación social, todavía no ha sido *plenamente* consciente de este problema. Sin embargo, la urgencia de todos los procesos de lucha por el territorio que existen en todo el planeta, la fuerza que pone el capitalismo en

el control del ordenamiento del espacio urbano nos tiene que hacer ver que el espacio cuenta. Una vida cotidiana diferente no puede surgir de una disposición del espacio que está dispuesto justamente para impedirlo.

Referencias

- Guy, Emmanuel, y Le Bras, Laurence (2013). *Guy Debord. Un art de la guerre*. París: Bibliothèque Nationale de France/Gallimard.
- Katznelson, Ira (1994). *Marxism and the city*. Oxford: Oxford University Press.
- Merrifield, Andy (2002). *Metromarxism. A marxist tale of the city*. Nueva York/Londres: Routledge.

Formato de citación

Morales, Christopher (2015). Reseña de Merlin Coverley (2014) Psicogeografía. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 5(1), 187-192. <http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/morales>



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.